

---

## Una nueva dirección papal

---

Estamos asistiendo, entre atónitos y conmovidos, con piedad filial y compasión cristiana, al declive de Juan Pablo II debido a su salud precaria y a su edad, que le hacen merecedor de una jubilación. Se vislumbra un próximo cambio en la cúspide de la Iglesia católica. Dado el relieve que tiene el ministerio petrino, a muchos católicos nos preocupa cómo ejercerá el nuevo Papa su cometido. Nada podemos hacer respecto de su elección o sus posteriores decisiones, pero tenemos la posibilidad de “soñar”, de expresar utópicamente nuestras esperanzas. Así, los miembros del Consejo de Redacción de FRONTERA intentamos trazar el perfil que nos gustaría tuviera el nuevo Papa.

1. Quisiéramos un Papa con talante sinodal, según la tradición, y de estilo democrático, de acuerdo a la cultura política actual. Evidentemente, la Iglesia no es democracia en el sentido estrictamente político del término, pero tampoco es, en estricto rigor, monarquía absoluta, modelo condicionado a una época pasada. Si de verdad fuera una comunión fraterna sería mucho más que una democracia. Cuando hablamos de que en la Iglesia penetre la cultura

democrática moderna, no defendemos una democratización eclesial en la línea del Estado. Se trata del modo concreto de ejercer el servicio jerárquico, no de conformarlo dogmáticamente de otro modo. Incluso se debería eliminar el concepto “jerarquía” (gobierno sacro) totalmente contrario al orden de la fraternidad que Jesús quiso que reinase entre sus discípulos. Lo cierto es que hay una distancia preocupante entre la forma de gobierno de la Iglesia y la que se ejerce en las instituciones contemporáneas. Recordemos que en la Iglesia hay dos votaciones decisivas democráticas: la de los cardenales en un cónclave y la de los obispos en un concilio. Podría haber muchas más.

2. El Papa debiera presidir la dirección de la Iglesia con el episcopado mundial mediante el Sínodo de Obispos, organismo deliberativo, no meramente consultivo. El Sínodo de Obispos podría intervenir en la elección del Papa, en el trazado de las grandes líneas pastorales de la Iglesia y en la redacción de las encíclicas y documentos pertinentes. Sobran el colegio de cardenales y las nunciaturas y debe ser reducida en cuantía y poder de intervención la curia romana. Para una mayor efectividad de la Iglesia, una comisión permanente del Sínodo debiera llevar sus riendas junto al Papa y bajo su dirección. La Iglesia estaría así en permanente estado sinodal o conciliar, entre concilio y concilio.

3. Nos gustaría que tuvieran un papel pastoral relevante las Conferencias Episcopales, a las que correspondería relacionarse con los organismos políticos de sus respectivos países, interve-

nir en el nombramiento de obispos, trazar las grandes líneas pastorales, decidir el tipo de sacerdocio más idóneo, convenir con los religiosos en las reglas básicas de su vida, dar capacidad de intervención a los laicos y decidir el modo de hacerse presente la Iglesia en la sociedad.

4. En el Concilio Vaticano II hubo obispos que, a la vista de la escasez de vocaciones y de parroquias sin sacerdote, propusieron revisar la ley del celibato y la ordenación de varones casados. Algunos se han pronunciado con más audacia: sin excluir a la mujer. Son cuestiones aplazadas sin resolver. En muchos lugares del mundo hay necesidad vital de responsables de comunidad que puedan presidir la eucaristía. Es discutible que una ley eclesiástica (la del celibato), netamente masculina, prime sobre una ley eucarística (celebrar sacramentalmente cada comunidad el día del Señor).

5. Se necesitan organismos episcopales de tipo continental, cuyo ejemplo más significativo es el Consejo Episcopal Latinoamericano; por supuesto sin los controles de la curia de Roma. De otra parte, los sacerdotes y los fieles debieran intervenir eficazmente, según sus posibilidades, en la marcha de las diócesis, parroquias y otros organismos pastorales, así como en la elección de sus responsables.

6. Queremos que en la Iglesia en su conjunto y especialmente en los responsables mayores, como son el Papa y los obispos, se haga efectiva la “opción por los pobres”, esto es, la defensa de los países pobres frente a los organismos económicos poderosos y la de las clases menos

favorecidas en nuestra sociedad frente a los que usan como propios los bienes de todos. Que la Iglesia se distancie visible y realmente de su concordia con los poderosos. Que el mundo de los marginados, pobres, emigrantes, víctimas, derrotados, etcétera, ocupen un lugar preferencial en todos los discursos, acciones y celebraciones de la Iglesia.

7. Que el Papa deje de ser Jefe de Estado, para lo cual debería desaparecer de una vez el Estado del Vaticano, y pasar su basílica y museo, al menos, a ser administrados por la UNESCO. Que terminen el boato de las ceremonias, las ayudas económicas estatales a la Iglesia, la construcción de edificios suntuosos para el culto, los títulos honoríficos, los organismos sin razón de ser.

Como conclusión final, deseamos que haya en la Iglesia una limpieza a fondo de contrasignos perturbadores y se presente ante la sociedad de un modo pobre, humilde y servicial. Su actual credibilidad es muy escasa, consecuencia de sus pretensiones como un poder singular. Queremos una Iglesia que sea lo más cercana posible a la Iglesia del Señor.

**Consejo de Redacción de FRONTERA**